

No se en estos días, pero en los años 80, en la ruta 3 y por debajo del paralelo 45, había que esperar por espacio de varias horas la aparición de un camión.

En la Patagonia, con la falta de árboles, el camión se lo ve venir desde el horizonte, como un galeon que cruza el desierto; un faro de luz que asciende trabajosamente las estepas barridas por el viento.

El lugar figuraba incluso en el mapa. Cometimos el error de bajarnos medio dormidos de un camión que seguía para Puerto Deseado. Lo único que había era una estación de servicio, un poste de luz y una zanja. Ni perros habían.

Petete había realizado la danza propiciatoria, pero sin resultados. Cuatro días mas tarde, anclados en el mismo lugar, el asunto empezaba a ponerse serio. Ya habíamos aprendido a hacer payanitas, e incluso algunos malabares con cascotes, para el regocijo de los chicos que iban en los autos, que nos sacaban la lengua mientras el padre pisaba el acelerador con el tanque lleno. Es que sentados al lado del cartel, empezábamos de a poco a camuflarnos con el paisaje.

Por aquellos días entendí la expresión de Fontanarrosa:

“Vea, Cafulcurá era un yuyo al lado mío”.

El Perito Moreno se nos antojaba tan lejano como la luna. Pero queríamos llegar (y volver), al menos antes de los exámenes PreUniversitarios. Sabiendo que los particulares nunca alzan mochileros, el camión cobra proporciones de leyenda.

Se acerca la noche del cuarto día. Un camión aparece en el horizonte, y 15 minutos mas tarde se detiene en la banquina. La puerta del acompañante se abre. Corremos cargando mochilas, ollas y cobijas, pero nos amedrenta la traza del camionero, y nos detenemos de golpe sin subir:

Es una masa gigante, oblonga, sin cuello. En la comisura de los labios mastica un fósforo. También nos estudia con desconfianza desde la cabina.

- ¡Saben cebar mate! -no espeta.

A los dieciocho años, raramente se acostumbra a preparar esta amarga infusión argentina. El joven toma otras cosas: gaseosas, leche, café. Las propiedades del mate las descubrí en la facultad, cuando tuve que estudiar por vez primera.

- Petete ceba unos mates bárbaros! -me apresuro a responder. El involucrado, sorprendido ante la revelación, me mira fugazmente con los ojos entrecerrados. Al fin y al cabo... ¿que tan difícil puede ser?

El camionero duda unos segundos. No está muy convencido. Al final declara:

- Mas vale que sepan cebar mate. Sino... ¡los bajo en medio de la ruta!

Nos la jugamos en serio. Cualquier mochilero sabe que solo alzan en las estaciones de servicio, o al menos en los cruces.

La noche se cierra y el viento patagónico de a ratos mueve el camión. Las ráfagas afuera lanzan arena y plantas a la calzada. El camionero empieza a bostezar, hasta que finalmente señala un termo y un porongo en el que cabe al menos medio kilo de yerba.

- Ceben

Petete, con las manos temblando, hace lo que puede. Agrega un poco de azúcar. Cautelosamente entrega el brebaje y esperamos el dictamen.

El camionero sorbe despacio. Paladea un poco, haciendo ruido. Al fin, sorprendido, declara solemnemente:

- He tomao mates feos. Pero les juro que esto... este es el peor de mi vida.
- ¡Porfavorporfavorporfavornonosbaje! -nos atropellamos a exclamar, mientras nos aferramos a los cinturones de seguridad.

Hacia Comandante Luis Piedrabuena, Petete aprende a cebar.